

forraje para mi compañía. — Inmediatamente, señor, — contestó el anciano. Púsose á su cabeza y subió el valle. Como media hora después de marchar, estaba á la vista un hermoso campo de cebada. « Éste llena mi propósito admirablemente, dijo el oficial. No, replicó el anciano, esperad un poco, y todo quedará bien. » Continuaron la marcha hasta que llegaron á otro campo de cebada. Desmontó la compañía, segó el grano, y atándolo en mazos, volvieron á montar á caballo. « Amigo, dijo el oficial, ¿por qué nos habéis traído tan lejos? El primer campo de cebada que vimos era tan bueno como éste. Es muy cierto, contestó el campesino, pero no era *mí* »

CAPÍTULO IV

Hombres que no pueden ser comprados.

Tú mismo tienes que ser honrado, si quieres enseñar la verdad; vive honestamente, y tu vida será un credo grande y noble.

Es muy bueno el mundo en que vivimos para prestar, ó gastar, ó dar en él; pero para suplicar, ó pedir prestado, ó para obtener lo que pertenece á otro, es el peor de los mundos que jamás se haya conocido. — BULWER LYTTON ¹.

El buen nombre en el hombre y en la mujer, mi estimado señor, es la joya más inmediata de sus almas: quien me roba mi dinero, roba cosa de escasa entidad ó valor, casi nada; era mio, es suyo, y ha sido esclavo de miles; pero aquel que me hurta mi buen nombre, me roba lo que á él no le enriquece, y me hace pobre realmente. — SHAKESPEARE ².

El honor vale más que el dinero. — *Proverbe français* ³.

Primero, hay hombres que *pueden* ser comprados. Existen innumerables bribones que están dispuestos á vender sus cuerpos

1. Thou must be brave thyself,
If thou the truth would teach;
Live truly, and thy life shall be
A great and noble creed.
'Tis a very good world we live in,
To lend, or to spend, or to give in;
But to beg, or to borrow, or get a man's own,
'Tis the very worst world that ever was known.
BULWER LYTTON.
2. God name in man and woman, dear my lord,
Is the immediate jewel of their souls:
Who steals my purse, steals trash; 'tis something nothing;
'Twas mine, 'tis his, and has been slave to thousands;
But he that filches from me my good name,
Robs me of that which not enriches him,
And makes me poor indeed. — SHAKESPEARE.
3. L'honneur vaut mieux que l'argent. — *Proverbe français*.

y sus almas por dinero y por bebidas. ¿Quién no ha oído de las elecciones que fueron nulas á causa del soborno y de la corrupción? No es ésta la manera de disfrutar de la libertad, y de conservarla. Los hombres que se venden son esclavos; sus compradores son pícaros, sin principios de moral ni de religión. La libertad tiene sus añagazas. « Estoy parado sobre el suelo de la libertad, » decía un orador. « No es cierto, replicó un zapatero que estaba en el auditorio, estáis parado sobre un par de botas que aun no me habéis pagado. »

La tendencia de los hombres es ir siempre con el mayor, con los ¡viva! « La mayoría, decía Schiller, ¿que significa eso? El criterio siempre se ha fijado con los menos. Los votos debieran ser pesados y no contados. El Estado en que domina el número y en que resuelve la ignorancia, tiene que ir tarde ó temprano á su ruina. »

Cuando tuvo lugar la secesión de la Iglesia escocesa, dijo Normán Macleod, que para la carne era una gran prueba perseverar en el bando impopular, y cumplir lo que la conciencia ordenaba como línea de conducta. El denuesto y el escarnio le salubada á cada vuelta. « Hoy he visto un sepulcro, dice en una de sus cartas, en la capilla de Holyrood, con esta inscripción: ¡Aquí reposa un hombre honrado! Sólo deseo vivir de tal modo que pueda merecer ese mismo elogio. »

Los ignorantes y los indolentes están á merced de los pícaros; y los ignorantes forman hasta ahora el mayor número. Cuando fué llevado un charlatán ante el tribunal correccional de París por obstruir el Pont-Neuf, le dijo el magistrado: « ¿Cómo es que atraéis tal muchedumbre en torno vuestro, y le sacáis tanto dinero vendiéndole vuestro infalible menjurge? — Señor juez, replicó el charlatán, ¿cuántas personas creéis que atraviesan cada hora el Pont-Neuf? — Lo ignoro, contestó éste. — Yo os lo puedo decir: unas diez mil; y de éstas ¿cuántas creéis que son sensatas? — Oh, ¡quizá unas cien! — Eso es demasiado, dijo el charlatán, pero os dejo las cien personas, y tomo para parroquianos míos las nueve mil novecientas restantes! »

Los hombres son sobornados por todas partes. No tienen ningún espíritu de probidad, de respeto propio, ó de dignidad varonil. Si lo tuvieran, rechazarían con desprecio todos los sobornos. Los empleados del gobierno se ven asediados para que pasen artículos, sirvan ó no sirvan para el uso. De aquí que el calzado medio embreado del soldado se destruya en una marcha; sus levitas de paños tejidos con borra se hacen pedazos; sus alimentos conservados en tarros de hoja de lata, se encuentran averiados. El capitán Nares tuvo que dar un triste informe sobre la alimentación de sus marineros, mientras estuvieron en las regiones árticas. Todo esto se lleva á cabo por el soborno y la corrupción en las clases bajas del servicio civil.

Mucho se hace en la línea de comisiones ilícitas. Un asunto que halla resistencia, llega hasta cierto empleado, y éste pasa el informe favorable. De esa manera se enriquecen muchos que tienen un sueldo modesto. Después de un hecho notable de corrupción que había sido llevado á cabo por un empleado de la administración pública de una compañía, se puso sobre la puerta de la oficina la siguiente inscripción: « Los empleados de la compañía no podrán aceptar sobornos. » El cocinero recibe una comisión del mercader; el repostero está en secreta connivencia con el almacenero.

« Estas comisiones ilícitas, dice el *Times*, contribuyen mucho á envenenar las relaciones comerciales. Pero si el vicio subiera alguna vez del vestíbulo de los sirvientes, ó del mercado, ó invadiese cualquier oficina pública, se acabaría toda eficiencia y toda confianza en los hombres públicos. Es de suma importancia que el servicio público sea puro, y que ninguna sospecha pueda recaer sobre el nombre de ningún empleado en un puesto de confianza. Sería un día desdichado aquel en que se sospechara generalmente que los empleados civiles reciben propinas ó sobornos. »

Un inventor propuso un método para marcar el número de personas que entraban en un omnibus, pero el secretario no pudo mantenerlo. « No, no sirve absolutamente, dijo; el instrumento que necesitamos es uno que haga que nuestros emplea-

dos sean honrados, y ése, mucho me temo que no podamos encontrarlo! » ; Queremos hombres honrados! es el clamor que se oye en todas partes. Los tribunales de policía descubren frecuentísimamente los robos y fraudes de personas en quienes se había depositado confianza; y el resultado es que son arrastrados de la confianza á la ruina. Lo que más se necesita, es carácter digno de crédito.

El carácter equivale á ser digno de confianza, y convence á los demás, por sus actos, de que pueden fiarse en el que lo posee.

Fuera de Inglaterra es lo mismo. Los peores son la Rusia, el Egipto y España. La corrupción de los empleados públicos en Rusia, es lo más vergonzoso, hasta en los más elevados puestos. Tenéis que comprar á fuerza de oro lo que tengáis que hacer. Desde los arreglos entre los proveedores y empleados que tienen que comprobar, hasta la entrega directa de los materiales, prevalece innegablemente el cohecho en todas las formas imaginables.

La disculpa que se da, es que los empleados públicos están muy mal retribuidos. El ferrocarril entre Petersburgo y Moscou fué construído con un gran costo.

Inmensas sumas fueron pagadas á los ingenieros y obreros, y robadas por los inspectores y directores.

Acompañaba el príncipe Mentchikoff á su imperial señor en una excursión á través de la capital, hecha en obsequio del embajador persa, que hacía una visita al país. El persa miraba y observaba las doradas cúpulas, las columnas de granito, millas de tiendas brillantes, con verdadera indiferencia oriental. Al fin se inclinó el emperador hacia su favorito, y le dijo quedo y con aire mortificado : « ¿No podremos encontrar algo que asombre á este individuo? — Si, señor, contestó el príncipe, ¡ mostradle las cuentas del ferrocarril de Petersburgo á Moscou! » En Alejandría (Egipto), es enorme el *gotear*, como allí se le llama, á no ser que se le compre con oro. En España, todo buque tiene que abrirse paso para el puerto después de haber sobornado á los empleados de aduana. La disculpa es

la misma que en Rusia : los empleados civiles de España no pueden vivir si no admiten cohecho ¹.

Hasta en las repúblicas son capaces y están dispuestos á ser sobornados. El dinero vence muchas dificultades, resuelve muchos problemas. En los Estados Unidos, nata y flor de las repúblicas, se lleva á cabo el cohecho al por mayor. El solo sueldo de un empleado no es suficiente. Hasta los más altamente colocados en empleos se dejan sobornar con obsequios de carruajes y caballos, y hasta con dinero efectivo. Los hombres de Estado americanos más previsores y honrados, ven que el agio y la corrupción están minando la influencia de la administración, y envileciendo la regla fija de la virtud pública ².

1. En materia de sobornos y de cohechos, ocurre en España lo que en todas partes. ¿ Conoce el señor Smiles algún país del mundo en el cual los empleados públicos sean incorruptibles ? ¿ Cómo se llama ese país ? ¿ en dónde está ? ¿ Es Inglaterra ? ¿ serán los Estados Unidos ? No tendríamos que esforzarnos mucho para citar mil ejemplos públicos de prevaricación divulgados por la prensa ó juzgados por los tribunales. Toda administración es obra humana y como tal sujeta á imperfecciones y fraudes ; lo mismo en España que en Inglaterra, lo mismo en Italia que en Alemania. Mejorar las condiciones de la administración, moralizar á los empleados, es una obra laudable á la cual se aplican los hombres de Estado y que adelanta visiblemente con los progresos de la instrucción. Decir que en España todo buque tiene que abrirse paso para el puerto después de haber sobornado á los empleados de aduana, es decir una inconveniencia que no merece por nuestra parte ni siquiera que le concedamos los honores de una refutación.

(N del T.).

2. Véase la *North American Review*, de enero de 1871. Dice Jacobo D. Cox, « que la caza degradante por los empleos públicos y los dineros públicos, se extiende por todos los Estados. No hay un villorrio, por apartado é insignificante que sea, cuya atmósfera moral haya escapado al contagio. Cuando uno de los partidos contendientes en el Estado ha vencido al otro, hay casi una de los empleos de sueldo é influencia, hasta el más insignificante escribiente. El grito de guerra es : *Al vencedor corresponden los despojos!* Tenemos que confesar con vergüenza, agrega Mr. Cox, que su efecto sobre nuestra política sea el mismo que el grito de *Belleza y botín!* en un ejército que entra en una ciudad tomada por asalto. Nos hemos familiarizado tanto con una arrebatada en tal extremo ignominiosa, que nos sorprendemos de nuestra misma apatía, y principiamos á comprender el hecho de que á la conciencia pública se le ha abierto un cauterio. » (p. 89). Durante la administración de Johnson « existía un estado de cosas que podía rivalizar con la era más floropímda que se pueda hallar en la historia de cualquier nación. » El sicofantismo, la adulación, el soborno y todo el resto del asqueroso catálogo de

Lo mismo ha sido en todas partes del mundo. Poco importa el nombre de la forma de gobierno — ya sea monarquía, aristocracia, ó república. No es la forma de gobierno, sino los hombres que la administran. Usado de un modo egoísta, el poder político es una maledición; usado inteligente é imparcialmente, puede llegar á ser una de las mayores bendiciones para la comunidad. Si el egoísmo principia con las clases que gobiernan, ¡ay del país gobernado! El mal se esparce hacia abajo y envuelve á todas las clases, hasta á las más pobres. El curso de la vida se convierte en una carrera tras la riqueza y el *yo*. Los principios de moral son abandonados. La honradez es un virtud olvidada. La confianza expira; y la sociedad se convierte en una contienda por empleos y dinero.

Con todo, hay hombres que han rehusado ser comprados, en todos los tiempos y en todas las edades. Hasta los más pobres, inspirados por el deber, han rehusado venderse por dinero. Entre los indios norte americanos es considerado indigno de un hombre valiente el anhelo por la riqueza, de modo que el jefe es á menudo el más pobre de su tribu. Los mejores bienhechores de la raza han sido hombres pobres, entre los israelitas, entre los griegos, y entre los romanos. Elisha estaba con el arado cuando fué llamado á ser profeta, y Cincinato estaba en sus campos cuando fué llamado para mandar los ejércitos de Roma. Sócrates y Epaminondas eran de los hombres más pobres de Grecia. Así fueron los pescadores de Galilea, los inspirados fundadores de nuestra religión.

Aristides era llamado *el Justo*, á causa de su integridad inflexible. Su sentimiento de la justicia era immaculado, y su abnegación intachable. Peleó en Maratón, en Silamis, y mandó en la batalla de Platea. Apesar de haber ocupado los más elevados puestos en el Estado, murió pobre. Nada le podía com-

los vicios políticos, se aumenta conforme descendemos, hasta que llegamos al *crudo* que ejecuta la falsificación de boletines ó pelea en riña por su partido, haciendo su ganancia robando el dinero que ha recibido de algún candidato para « convidar á los electores independientes, que pueden ser comprados con una copita de *whiskey*. » (p. 92).

prar, nada le podía desviar de su deber. Se dice que los atenienses se hicieron más virtuosos por el hecho de contemplar su brillante ejemplo. En la representación de una de las tragedias de Esquilo, al expresarse una sentencia en favor de la bondad moral, se dirigieron involuntariamente las miradas del auditorio hacia Aristides.

Foción, el general ateniense, hombre de gran valor y previsión, era apellidado *el Bueno*. Cuando Alejandro el Grande hacia correrías por la Grecia, trató de ganarle de su lealtad. Le ofreció riquezas y la elección de cuatro ciudades en Asia. La contestación de Foción demostró el immaculado carácter del hombre. « Si Alejandro me estima realmente, dijo, que me deje mi honradez. »

Sin embargo, Demóstenes, el elocuente, pudo ser comprado. Cuando llegó á Atenas Harpalo, uno de los jefes de Alejandro, tenían los oradores la mirada sobre su oro. Demóstenes fué uno de ellos. ¿Qué es la elocuencia sin la honradez? En su visita á Harpalo, notó el jefe que á Demóstenes le gustaba mucho una de las copas del rey, hermosamente cincelada. Le pidió que la tomara en la mano para que sintiera su peso. « ¿Cuánto podría contener? preguntó Demóstenes. — Os podría llevar veinte talentos, » contestó Harpalo. Aquella noche le fué enviada la copa á Demóstenes, con veinte talentos en ella. El regalo no fué rechazado. Esta circunstancia originó el oprobio del orador, y poco después se envenenó.

Cicerón, por el contrario, rehusaba todo regalo de sus amigos, lo mismo que de los enemigos de su patria. Algún tiempo después de su asesinato, encontró César á uno de sus nietos con un libro de Cicerón en la mano. El muchacho quiso esconderlo, pero César se lo tomó. Después de recorrerlo, se lo devolvió al niño, diciendo: « Mi querido hijo, ése era un hombre elocuente y amante de su patria. »

Cuando Bias fué preguntado por qué, al igual de sus compatriotas, no cargaba parte de sus bienes, cuando todos estaban obligados á huir, dijo: « Vuestra sorpresa no tiene razón de ser, llevo conmigo todas mis riquezas. »

Quando Diocleciano hubo dejado por un tiempo la púrpura imperial, le invitó Maximiliano á que volviera á tomar las riendas del gobierno. « Si os pudiera mostrar las coles que he plantado con mis propias manos en Salona, y los hermosos melones que he estado madurando, y los encantadores plantíos que he puesto en torno de mi *villa*, no se me exigiría por más tiempo que abandonara la fruición de la felicidad por la prosecución del poder. »

Aquello por lo que había trabajado era suyo, el fruto de su propio trabajo y esmero. Había llenado su alma con el espíritu de la laboriosidad, que da perseverancia al obrero, determinación al guerrero, y firmeza al hombre de Estado. La labor cierra las primeras avenidas hacia la ignominia, abre un campo más vasto para el desarrollo de todo talento, é inspira con nuevo vigor la ejecución de todo deber social y religioso. De aquí e que los romanos quisieran que Diocleciano volviera á sus deberes políticos.

La satisfacción es también mejor que el lujo ó el poder, y á la verdad, es la riqueza natural. María, la hermana de Isabel, deseaba frecuentemente más bien haber nacido lechera que reina. Se hubiera evitado el tormento de un amor no correspondido, y la degradación del poder por la mano de sus ministros. Muchos mártires se habrían salvado de ser quemados.

Los hombres esforzados y honrados no trabajan por el oro. Trabajan por amor, por honor, por carácter. Cuando Sócrates sufrió la muerte antes que abandonar sus ideas de verdadera moral, cuando Las Casas se esforzaba en mitigar las torturas de los pobres indios, no tenían pensamiento alguno de dinero ó de país. Trabajaban por la elevación de todos los que pensaban y por el alivio de todos los que sufrían.

Quando Miguel Ángel fué nombrado por el Papa para encargarse de la dirección de los trabajos de San Pedro, sólo sintió con la condición de que no recibiría sueldo, sino que había de trabajar *por amor á Dios únicamente*. « Guardad vuestro dinero, dijo Wiertz de Bruselas á un caballero que deseaba comprar unas de sus pinturas, el dinero da el golpe de muerte

al arte. » Hay que confesar, también, que Wiertz era un hombre de carácter exagerado.

En la vida política, el empleo y el dinero están demasiado en demanda. El beneficio del empleo, cuando no es ganado debidamente por el servicio público, resulta á menudo ser la corrupción de la moral. Es la substitución de un móvil inferior por uno patriótico; y donde quiera que prevalece por consideraciones de favoritismo personal, degrada la política y envilece el carácter.

Andrés Marvell era un patriota de antiguo molde romano. Vivió en tiempos de revueltas. Nació en Hull á principios del reinado de Carlos I. Cuando joven pasó cuatro años en el *Trinity College* de Cambridge. Después viajó por Europa. En Italia se encontró con Milton, y continuó siendo su amigo mientras vivió. Á su regreso á Inglaterra ardía la guerra civil. No consta que haya tomado parte en la contienda, aunque siempre fué defensor y agitador en favor de la libertad. En 1660 fué elegido por su ciudad para representante en el Parlamento, y mientras ocupaba ese puesto escribió al regidor y alcaldes por cada correo, dándoles cuenta de los asuntos del Parlamento.

Marvell no simpatizaba con las tendencias antimonárquicas de Milton. Su biógrafo le llama « el amigo de Inglaterra, de la libertad, y de la Magna Carta. » No se oponía á una monarquía convenientemente restringida, y por eso apoyaba la Restauración. El pueblo la deseaba, creyendo que la vuelta de Carlos II sería la restauración de la paz y de la lealtad. Estaba muy equivocado. Marvell fué nombrado para acompañar á lord Carlisle en una embajada á Rusia, lo que demuestra que no era considerado como enemigo de la corte. Durante su ausencia se había hecho mucho mal. El rey repuesto estaba constantemente necesitando dinero. Recurrió á todos los medios, vendiendo empleos é instituyendo monopolios, para satisfacer su perpetua necesidad. En una de las cartas de Marvell á sus electores, decía : « La corte se halla en el pináculo de carencia y gastos superfluos, y el pueblo está descontentísimo. » En un juicio de dos cuáqueros, Penn y Mead, en la *Old Bailey*, dijo:

el fiscal enire otras cosas, al ensalzar la Inquisición española, que jamás estaría todo en orden hasta que no tuviéramos algo parecido.

El rey continuó recogiendo dinero sin ningún escrupulo, por medio de sus cortesanos y de los patriotas apóstatas. Los compró con cohechos de miles de libras esterlinas. Pero á Marvell no se le podía comprar. Fueron publicadas sus sátiras contra la corte y sus parásitos. Fueron leídas por todas las clases, desde el rey al traficante. El rey se propuso ganarlo á su partido. Fué amenazado, fué halagado, fué contrariado, fué acariciado, fué rodeado de espías, fué asechado por salteadores, y cortejado por bellezas. Pero ninguna Dalila pudo descubrir el secreto de su fuerza. Su integridad era á toda prueba, contra el peligro lo mismo que contra la corrupción. La altivez es la aliada de los principios morales contra las amenazas y los cohechos.

En una corte en que ningún hombre era considerado honrado, y ninguna mujer casta, era cultivado á la perfección este benigno hechizo; pero honrándose y respetándose á sí mismo, Marvell estaba á prueba contra sus encantos.

Se ha referido que el lord del tesoro, Danby, creyendo poder comprar á su antiguo condiscípulo, fué á visitar á Marvell en su guardilla. Al retirarse, deslizó en su mano el lord tesorero una orden contra el tesoro por mil libras esterlinas, y en seguida se dirigió á su carretela. Marvell miró el papel y dijo al tesorero: « Milord, os pido un momento más. » Subieron otra vez á la guardilla, y fué llamado Juan, el sirviente. « Juan, ¿ que tuve ayer para comer? — ¿ No os acordáis, señor? tuvisteis la pequeña pierna de carnero que me mandasteis buscar de una mujer del mercado. — Exactamente, muchacho. ¿ Qué tengo hoy para la comida? — ¿ No sabéis, señor, que me mandasteis que os asara el pernil? — Así es, cabal; retirate. — Milord, dijo Marvell, dirigiéndose al tesorero, ¿ habéis oído? La comida de Andrés Marvell ya está suministrada; aquí está vuestro pedazo de papel. No lo quiero. Sabía el favor que os proponiais hacerme. Aquí estoy para servir á mis electores; el

ministerio puede buscar hombres para sus propósitos, yo no soy de ellos. »

Marvell se condujo noblemente hasta el fin. Permaneció intachable en su carácter. Era el verdadero representante de sus electores. Aunque no era pobre, fué sencillo y frugal su modo de vivir. En julio de 1678, visitó por última vez á sus electores. Poco después de su regreso á Londres expiró, sin haber tenido ninguna enfermedad anterior ó alguna decadencia visible. Algunos dicen que murió envenado. Esto puede no ser verdad.

Pero es cierto que murió siendo un hombre honrado. Siempre conservó su pureza. Siempre defendió lo justo. Era « amado por los buenos, temido por los malos, imitado por pocos, y difícilmente igualado por ninguno. » Estas son las palabras que hay sobre la lápida de su sepulcro en Hull.

Ben Jonson, lo mismo que Marvell, era brusco y sincero en el hablar. Cuando Carlos I, envió al intrépido poeta una tarda y pequeña recompensa durante su pobreza y enfermedad, devolvió Ben el dinero con el mensaje: « Supongo que me envía esto porque vivo en una callejuela: decidle que su alma vive también en una callejuela. »

Góldsmith era igualmente un hombre á quien no se podía comprar. Había viajado á través de Europa, pagando su pasaje con su flauta. Había dormido en los galpones y bajo el cielo raso. Hizo de actor, de ujier y de médico; y con todo, se moría de hambre. Entonces ensayó hacerse autor, y se hizo caba-llero. Pero jamás escapó por completo de las garras de la pobreza. Se describió á sí mismo como á una persona que « escribía por ganarse el pan en una guardilla, y que espera ser embargado por una cuenta de leche no pagada. » Un día recibió Johnson un mensaje de Góldsmith, en que le decía que se hallaba en gran escasez. El doctor fué á verle, y halló que la dueña de la casa le había arrestado por los alquileres. Lo único que tenía de que disponer era un paquete de manuscritos.

Johnson los tomó, y vió que era el *Vicario de Wakefeld*. Habién-